

CRUZ Y RAYA:
MANUEL DE FALLA Y MIGUEL DE UNAMUNO

MILAGROS GONZÁLEZ IZQUIERDO
Universidad de La Laguna

La creación de revistas es una de las labores más destacadas de los grupos de intelectuales que jalonan la llamada «Edad de Plata»¹ de la literatura española. Con distinto signo político, con diferentes orientaciones temáticas, con una vida más breve o más larga, silenciadas o rescatadas con el paso de los años, las publicaciones periódicas constituyen hoy el testigo más directo y fiel de cuanto aconteció fuera de sus redacciones, y aún dentro de ellas. *Cruz y Raya* (*Revista de Afirmación y Negación*) es una de las publicaciones centrales de entonces. Fundada durante los años de la II República bajo la dirección de José Bergamín, *Cruz y Raya* es poco conocida hasta las ediciones de la antología y del facsímil en los años 1974 y 1975². No pretendemos aquí abordar un estudio amplio de esta revista, sólo reflexionamos sobre algunos aspectos fundamentales en la génesis y en el desarrollo de *Cruz y Raya*: las relaciones que José Bergamín mantuvo con Manuel de Falla y Miguel de Unamuno.

El primer número de la revista *Cruz y Raya* sale a la calle en Madrid el 15 de abril de 1933. Entonces nos ofrece la siguiente relación de «editores»³: Miguel Artigas, Manuel Abril, José Bergamín, José María Cossío, Manuel de Falla, Alfonso García Valdecasas, Emilio García Gómez, Antonio Garrigues, Carlos Jiménez Díaz, Antonio de Luna, Juan Lladó, Alfredo Mendizábal, Eusebio Oliver, José María Pardo, José R. Manent, Francisco Romero Otazo, Eduardo Rodrigáñez, José María de Semprún y Gurrea, y Manuel Torres. Entre estos nombres debiera encontrarse el de Miguel de Unamuno, pues su magisterio sobre Bergamín atraviesa también las páginas de la revista; sin embargo, él mismo se excluyó de esta nómina, como tendremos ocasión de ver. Estos «editores», pertenecientes a todos los ámbitos de la investigación, desde médicos y juristas hasta músicos y críticos

de literatura, ponen de relieve la gran extensión de temas y de orientaciones que recoge la revista. Benítez Claros señala al respecto que «... por encima de las manifestaciones culturales, *Cruz y Raya* abre un mundo científico y literario que, en la mayoría de las ocasiones no precisa del sí o del no localizador, y en el que tienen cabida las firmas españolas más originales y valiosas, al lado de alguna escasa representación extranjera»⁴. Desde el primero hasta el último número, que fue el correspondiente a junio de 1936 (número 39), asumía la dirección José Bergamín y la secretaría su inseparable colaborador Eugenio Imaz, que además lo acompañará en la aventura mexicana de *Séneca*⁵.

Cruz y Raya, nace así, poco antes del llamado «bienio negro» (1934-1936), rodeada de incertidumbres y de conflictos políticos y sociales a los que no fue ajena⁶. Aunque la revista acogió en sus páginas muchos y variados temas de discusión, su apoyo a la II República y su compromiso político han inducido con frecuencia a calificarla de «revista política». El propio Bergamín parece subrayar esta apreciación un tanto confusa cuando manifiesta en el prólogo a la citada antología que «la revista *Cruz y Raya* vivió tres años largos (1933-1936), tan arraigada en aquel tiempo agónico español que a quienes lo vivimos nos parece imposible separarla de aquellos días [...] Porque puede decirse de *Cruz y Raya* que nació y murió de y por y con la República de 1931»⁷. El marcado carácter

-
1. Tal denominación la acuña José-Carlos Mainer en *La Edad de Plata (1902-1939), Ensayo de interpretación de un proceso cultural*, Madrid, Cátedra, 1983.
 2. Véase el prólogo a *Cruz y Raya. Antología*, Madrid: Turner, 1974, p. 7, donde José Bergamín nos dice que «... aquella revista de tan breve vida (1933 a 1936) y de cuyo significado se ha venido hablando después mucho, aunque se haya escrito muy poco»; y *Cruz y Raya*, edición facsimilar, Nendeln-Liechtenstein, 1975.
 3. Véase la contraportadilla del primer número de la revista, 15 de abril de 1933, donde la relación de colaboradores aparece bajo el lema LA EDITAN (p. 5). El término «editores» es empleado por Manuel de Falla y, por el propio Bergamín, en su correspondencia, aunque no se ajusta a la realidad de la edición de *Cruz y Raya*.
 4. Véase Rafael Benítez Claros, *Cruz y Raya (Madrid), 1933-1936*, Colección de Índices de Publicaciones Periódicas (dirigida por Joaquín Entrambasaguas, V), Madrid: Instituto Nicolás Antonio del C.S.I.C., 1947, p. XI.
 5. Para conocer los proyectos que José Bergamín acometió en su exilio de México véase la obra de Gonzalo Santoja, *Al otro lado del mar: Bergamín y la editorial Séneca (México, 1939-1949)*, Barcelona: Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 1997.
 6. En relación con este período de la historia española, puede consultarse la obra dirigida por Manuel Tuñón de Lara, *Historia de España*, vol. IX, *La Crisis del Estado: Dictadura, República, Guerra (1923-1939)*, Barcelona: Labor S.A., 1981, especialmente el capítulo VIII, «La oligarquía en el poder», pp. 193-210.
 7. Vid., *op. cit.*, p. 8.

político que el tiempo grabará en las entrañas de la revista fue para Unamuno uno de sus atractivos. Por el contrario, esto mismo distancia pronto a Manuel de Falla.

En muchas ocasiones Bergamín y su publicación fueron tildados también de «derechistas» y acusados de recibir apoyo económico de la Compañía de Jesús y de representar sus intereses. Si bien Bergamín se educó con los jesuitas y su formación es por ello claramente católica, y católicos eran quienes financiaron la empresa, la trayectoria de *Cruz y Raya* desmiente algunas de las consideraciones de las que fue objeto. En relación con este aspecto, cabe señalar que Bergamín rechazó la propuesta de Primo de Rivera de convertir la publicación a partir de su segundo número en un órgano de carácter fascista⁸. Bergamín explicaba el nacimiento de *Cruz y Raya* de esta manera:

Por entonces (se refiere a los primeros años de la República) existía el problema de la enseñanza religiosa. Un grupo de católicos pensó en montar un colegio, en el que se resolviera el problema de la enseñanza religiosa de forma opcional. Este grupo estaba formado por Miguel Maura, Gregorio Marañón, Ruiz Senén y, en fin, por la mayor parte de los que luego aparecerían como fundadores de la revista. Decidieron comprar el colegio de los marianistas, pero al fracasar este proyecto, se pensó en dedicar el dinero que ya habían reunido a otra actividad. Me llamaron y me encargaron del montaje de una revista⁹.

De esta manera, un presupuesto envidiable de un millón de pesetas se encontraba a la entera disposición de José Bergamín. Pero también era totalmente suya la responsabilidad de crear la revista partiendo casi de la nada. Así, se convierte en el gran animador de *Cruz y Raya* desde su gestación. «A penas se me confió su dirección y con ella su forma, —escribe Bergamín— pues la revista aún no existía, me encontré, por así decirlo, que tenía que concebirla, generarla, parirla o darla a luz y sustentarla o mantenerla»¹⁰. Aunque ya gozaba de gran estima en los ambientes culturales y era reconocido como un escritor y crítico literario atrevido y sagaz, pronto advirtió que sólo, a pesar de la confianza depositada en él, no podía construir una revista de calidad y envergadura que estuviera «a la altura de

8. Véase José Bergamín, *Antología Poética*, edición de Diego Martínez Torrón, Madrid: Clásicos Castalia, 1997, p. 8.

9. Cfr. *El epistolario (1924-1935): José Bergamín /Manuel de Falla*, edición y notas de Nigel Dennis, Valencia: Pre-textos, 1995, p. 24.

10. Véase el prólogo de José Bergamín «Signo y diseño de *Cruz y Raya*», en la reedición facsimilar de *El aviso de escarmentados del año que acaba y escarmiento de avisados para el que empieza*, Nendeln/Liechtenstein, 1974, p. VIII.

las circunstancias»¹¹. Era preciso conseguir los mejores colaboradores y el respaldo de figuras influyentes y destacadas en los círculos de intelectuales de aquellos años. Pero también sabía este joven director que de todos aquéllos, algunos marcarían decisivamente *Cruz y Raya*:

Realmente, creo que fueron ellos (Manuel de Falla, Miguel de Unamuno, Ortega y Gasset, y Antonio Machado) los verdaderos maestros del lenguaje «espiritual» (insisto en llamarlo de este modo) en que habló *Cruz y Raya*; en él están escritas sus mejores páginas, las que verdaderamente la expresan y encarnan vivamente¹².

Fue en la editorial *Séneca*, dirigida por Bergamín en el exilio de México, donde vieron la luz las *Obras Completas* de Antonio Machado en 1940¹³. Bergamín correspondía con ellas al cariño que sentía por este escritor. Machado, junto con Miguel de Unamuno, da vida al poeta que grita y afirma su compromiso existencial y sus inquietudes en el territorio de la poesía, actitud que Bergamín también llevará a toda su obra y, en especial, a sus versos¹⁴.

Con Ortega y Gasset comienza una relación fructífera, pero algo tardía. Debemos destacar esta circunstancia, ya que el pensador madrileño aglutinó a todas las jóvenes promesas del mundo intelectual en la *Revista de Occidente*, con la brillante excepción de José Bergamín. Algunos críticos no han resistido la tentación de situar a Bergamín entre los colaboradores de esta revista. Pero su firma sólo aparece allí en una ocasión, cuando se recogen los resultados de la encuesta en torno a Mallarmé, («El silencio por Mallarmé-Encuesta sin trascendencia» se publicó en el número 5, noviembre de 1923). Hacia fines de la década de los años 20, el desmoronamiento de su íntima relación con Juan Ramón y su creciente republicanismo lo acercan a la figura de Ortega y Gasset. Empieza a entender la importancia de sus iniciativas para provocar un cambio de régimen. Ortega y Gasset llega a ser una de las personas que de una u otra forma prestaron su ayuda y contribuyeron en la concepción de *Cruz y Raya*:

[...] El primero a quien pedí consejo y apoyo, fue a José Ortega y Gasset, que dirigía su *Revista de Occidente*. Y lo encontré tan generoso que me añadió su propia colaboración para uno de los primeros números, colaboración extraor-

11. Bergamín hace suyas estas palabras de Antonio Machado. Véase *Cruz y Raya. Antología*, p. 9.

12. *Ibidem*, p. 10.

13. *Al otro lado del mar...*, p. 118.

14. Véase la introducción de Diego Martínez Torrón, *Antología Poética, cit.*, p. 14.

dinariamente significativa, por serlo suya y por el contenido del texto elegido por él para dármele¹⁵.

Ortega y Gasset colabora con el prestigio de su firma en una publicación que todavía no ha cumplido un año de vida. Ya en el segundo número de *Cruz y Raya*, mayo de 1933, se había dedicado una sección entera al filósofo¹⁶.

Con Manuel de Falla y Miguel de Unamuno sostuvo José Bergamín dos de las relaciones profesionales y humanas más interesantes y fundamentales de su vida. A través de las cartas que cruzó con estos dos «maestros» podemos aproximarnos hoy con mayor certeza a esos momentos de trabajo y amistad. En esa correspondencia encontramos buena parte del esqueleto intelectual que vertebra la revista *Cruz y Raya* y que, además, constituye la clave del pensamiento y de la obra de José Bergamín.

Yo tuve la suerte de conocer en vida a algunos maestros de la mía (me refiero a poetas, claro es) en su ancianidad clarividente o en los umbrales de ella. Entre todos ellos, el que dejó más huella en mí, con su vida y con su palabra, fue Miguel de Unamuno¹⁷.

Bergamín vio por primera vez a Unamuno en una ocasión en que éste daba una conferencia en el Ateneo de Madrid, a la que el joven escritor asistió acompañado por su padre, don Francisco Bergamín. A pesar de que Unamuno fuera destituido de su rectoría de la Universidad de Salamanca en 1914 por don Francisco Bergamín, cuando éste desempeñaba el cargo de Ministro de Educación, el autor bilbaíno tenía una relación cordial con el hijo del ex ministro, como el mismo José Bergamín da a entender en varias cartas de la década de los 20¹⁸. Debemos advertir que, mientras casi todas las cartas que dirigió Bergamín a Unamuno se conservan, no ocurrió lo mismo con las que Bergamín recibió. Al final de la guerra su casa de Madrid fue saqueada y ahí se perderían muchas de ellas. Las que han llegado hasta nuestros días, o bien las rescató el mismo Bergamín de su archi-

15. «Signo y diseño de *Cruz y Raya*», p. VIII.

16. El artículo de Ortega, «La verdad como consecuencia del hombre consigo mismo» se publica en *Cruz y Raya*, 7 (octubre 1933), pp. 7-32. Para entender la relación entre José Ortega y Gasset y José Bergamín, tiene gran interés el trabajo de Nigel Dennis «La Revista de Occidente y *Cruz y Raya*: Ortega y Bergamín», *Revista de Occidente*, 72 (mayo 1987), pp. 41-62.

17. José Bergamín, «Memoria amarga de mí», *Historia* 16, 4 (agosto 1976), p. 31.

18. Véase *El epistolario: José Bergamín/Miguel de Unamuno (1923-1935)*, edición y notas de Nigel Dennis, Valencia: Pre-textos, 1993, p. 20.

vo personal durante la guerra, o bien las salvó de la cede de *Cruz y Raya* su secretaria en la revista, doña Pilar García Ascot. Sin embargo, las cartas que han permanecido son bastante esclarecedoras.

A comienzos de 1923 se le encargó a Bergamín la dirección del suplemento literario de los *Lunes del Imparcial*. Lograr colaboraciones destacadas de autores de su generación y de la anterior es el primer reto que afronta. Y para ello no duda en hacer partícipe de sus intenciones a Unamuno. Entonces se inicia una relación, no sólo epistolar, fructífera y duradera en la que siempre serán notas dominantes la admiración, el respeto y, casi, la devoción, de José Bergamín a su maestro, así como la tutela y el consejo de éste a quien es considerado su más fiel discípulo y heredero espiritual. Unamuno atendería algún tiempo después la petición de Bergamín para los *Lunes del Imparcial* y el 25 de febrero de 1925 se publica su artículo «La manchita de la uña». El entusiasmo que experimenta el joven director queda patente en una carta del 26 de febrero, el día siguiente al de esta publicación, en la que se apresura a proponer nuevos temas para próximos ensayos:

Hoy se trata de lo siguiente: como acabamos de pasar el centenario de Renan, demasiado silenciosamente, ¿querría Vd. en su próximo ensayo dedicarle, como motivo, un rato de meditación o de recuerdo?

También quiero pedirle autorización para publicar en el número de Semana Santa de los «Lunes», un fragmento del «Cristo de Velázquez» —y aquí un favor personal— el de enviarme un ejemplar, si tuviese, indicándome el fragmento que prefiera¹⁹.

Tampoco esta vez Unamuno se hace esperar. El 11 de marzo aparece su trabajo «La fe de Renan». Luego le envió el solicitado ejemplar de *El Cristo de Velázquez*, señalando los trozos del poema que le parecía conveniente reproducir en el proyectado suplemento que Bergamín ha mencionado. Pero la renuncia de éste a su puesto en el periódico impedirá que estos fragmentos lleguen a publicarse.

En 1923, año crucial en la carrera de Bergamín, se había publicado *El cohete y la estrella* en la Biblioteca de *Índice*, que dirigía Juan Ramón Jiménez. En sus cartas de 1924 manifiesta a Unamuno su impaciencia por recibir su bendición, la de un autor consagrado, le pide consejo y le anuncia que le remitirá un ejemplar de su librito²⁰. *El cohete y la estrella*, contra lo que podemos suponer, despertó entonces reacciones diversas. Recordemos, por ejemplo, que Antonio Espina publicó muy pronto una reseña sobre este opúsculo en la *Revista de Occidente* donde, aunque reconocía el talento de Bergamín, censuró sus «juicios derivados más bien del apasionamiento sectario y de camarilla que domina en el mundo literario

19. *Ibidem*, pp. 21-22.

20. *Ibidem*, p. 40.

madrileño, que de la reflexión imparcial»²¹. La incomprensión que surge alrededor de *El cohete...* llena a Bergamín de desilusión y desánimo. «Entre muchos silencios hostiles —escribe el 9 de febrero— y comentarios fastidiosos por equivocados, esperaba con mucha impaciencia alguna palabra suya»²². Unamuno respondió presto a estas letras, porque el 15 de febrero Bergamín le agradece en una nueva carta la deferencia que ha tenido con él. Sus palabras traslucen desde estos momentos iniciales de su quehacer literario algunos de los aspectos que lo marcarían para no abandonarlo nunca: su condición de autor singular y carismático, y las interpretaciones ligeras y, en muchos casos, poco serias y consecuentes de que fue objeto su obra y su personalidad. Dolorido por las suspicacias que su librito despertaba, aquella carta le reportó un alivio deseado:

Me ha dado una gran alegría. Si Vd. supiera cómo la necesitaba, me perdonaría mi impaciencia. He tenido durante estos primeros días de la publicación de mi librito una penosa impresión de aislamiento, de insensibilidad alrededor mío, cuando no de hostilidad o interpretaciones torcidas ²³.

Si atendemos a las fechas de las cartas que hasta ahora hemos citado y al momento en que aparece «La manchita de la uña», primera de las colaboraciones a las que accedió Unamuno, podemos entender que Bergamín no llamaría la atención del escritor vasco hasta que cayó en sus manos *El cohete y la estrella*. Unamuno no tardará en dedicarle un breve, pero sustancioso, comentario. Basándose en cuatro de los aforismos que este libro presenta («Existir es pensar, y pensar es comprometerse», «Tener sed y beber agua es la perfección de la sensualidad, rara vez conseguida. Unas veces se bebe agua, y otras veces se tiene sed», «¿Un escéptico verdadero no puede ser nunca un ecléctico ni un indiferente?» y «Por la pasión, la inteligencia. Pasión no quita conocimiento; al contrario, lo da»), construye un texto en que adivinamos las similitudes de pensamiento entre Bergamín y Unamuno, y su afán por asimilar las raíces íntimas de las palabras que les sirven en su compromiso, sea cual sea su carácter, y en su particular tratamiento del lenguaje. El comentario deja ver cómo Unamuno ha interpretado los aforismos de Bergamín en la línea que éste deseaba:

Y ahora ¡el filólogo! ¡Qué le vamos a hacer! «Existir es pensar...» pero existir —*ex sistere*— es estar fuera de sí, es acaso ponerse fuera de sí. En griego el verbo que corresponde al *ex sistere* latino, el *ex sistanaí*, significa a las veces

21. Cfr. Antonio Espina, «José Bergamín: *El cohete y la estrella*», *Revista de Occidente*, VII (enero 1924), pp. 125-127.

22. *El epistolario: José Bergamín/Miguel de Unamuno...*, p. 40.

23. *Ibidem*, p. 42.

estar loco. Tal en aquel pasaje del segundo Evangelio (Marcos, III, 21), en que dice que los de la familia de Jesús, sus hermanos y su madre, fueron a prenderle, diciendo que estaba fuera de sí —*hoti ex esté*—, que estaba loco. Y el *ecstasis* es un ataque de locura, de enajenación, de salirse de sí. Y es un acto de *ex sistencia*. Y si, pues, existir es pensar y existir es estar loco, pensar es estar loco. En lo que no cabe duda²⁴.

El 20 de febrero de 1924, Unamuno recibe la noticia del destierro. Marcha a Fuerteventura y luego a París, desde allí parte para Hendaya, donde su discípulo lo visita en 1925. Surge entonces la idea del *hombre-fantasma* que será luego recurrente en su obra y en su pensamiento. Desde este destierro escribe Unamuno una carta que marca buena parte de los presupuestos éticos y estéticos de Bergamín. La carta, fechada el 11 de abril de 1926, fue publicada en dos ocasiones²⁵ y en ella podemos leer palabras como éstas:

No hay más justicia que la verdad. Y la verdad, decía Sófocles, puede más que la razón. Así como la vida puede más que el goce y más que el dolor. Verdad y vida, pues, y no razón y goce, es mi divisa...²⁶.

Más tarde, escribiría al recibo del número 2 de *Carmen*, donde se publicaba «Carmen: enigma y soledad», una carta en forma de amplia composición poética en la que plasmó las inquietudes espirituales que los aforismos de Bergamín habían animado. Esta carta lleva fecha del 28 de febrero de 1928 y apareció en el número 5 de la revista de Gerardo Diego. Unamuno consintió ver su misiva impresa, convencido por Bergamín, a pesar de que hacía tiempo había tomado una firme decisión en lo referente a la publicación de sus textos en España²⁷.

Algunos meses después, Bergamín tributaría a su insigne maestro el libro *La cabeza a pájaros*. Espera de nuevo someter su obra al juicio fino de Unamuno y provocar apreciaciones tan agudas como las que brotaron de *El cohete y la estrella*. La dedicatoria hace alusión a la obra y a la vida de Unamuno: «A Miguel de

24. Véase Miguel de Unamuno, «Comentario de Miguel de Unamuno», *Nuevo Mundo*, 7 de marzo de 1924.

25. Véase José Bergamín, «Pecho al aire. Fragmentos recogidos por José Bergamín», *Revista Nacional de Cultura*, 59 (noviembre-diciembre 1964), pp. 18-23 y «Memoria amarga de mí», *cit.*, pp. 30-34.

26. *El epistolario: José Bergamín/Miguel de Unamuno...*, p. 67.

27. En una carta del 13 de febrero de 1926, Unamuno comunicaba a Bergamín que «mientras haya censura ni para salvar mi honra y la de los míos, ni para librar a mi familia del más grave mal, escribiré ahí nada. Sométanse otros a ella, respeto sus razones y las comprendo, pero yo no», véase *El epistolario...*, p. 59.

Unamuno, místico sembrador de vientos espirituales». Bergamín muestra un gran entusiasmo ante esta nueva publicación y desea que también esta vez su colección de aforismos sea «germinática», como lo fue para Unamuno la anterior²⁸.

Estos episodios, y otros que no referimos por no extender demasiado este trabajo, dan testimonio de la relación amistosa y de mutua estima que mantuvieron el maestro y su discípulo²⁹. No es, pues, de extrañar que Bergamín acudiera a Unamuno cuando surge ante él la posibilidad de alumbrar una gran empresa editorial como es *Cruz y Raya*. Sin embargo, a pesar de su devoción hacia la obra de Unamuno, Bergamín escribió muy poco explícitamente sobre él antes de 1939³⁰.

Como ya hemos señalado, Bergamín buscó orientación en los que llamaba «mis mayores y maestros»³¹ (Ortega, Falla, Antonio Machado y Unamuno) en los meses difíciles del lanzamiento de la revista. Con todo, sería la figura de Unamuno la que inspiraría algunas actitudes que tomaría *Cruz y Raya*. Su presencia en la revista ya desde el comienzo se muestra de un modo simbólico en la sección inicial de la «Presentación», publicada en el primer número:

No es el propósito de esta revista, al asumir todas aquellas manifestaciones del pensamiento determinadas por la pura actividad del espíritu, el de dirigirse en un solo sentido, exclusivo y excluyente, de una actividad religiosa positiva y negativa, sino en independencia de ella, pues esta actividad espiritual que es, para nosotros, el catolicismo, está, como diría Unamuno, por encima y por debajo de todas esas manifestaciones del pensamiento: de todo ese conjunto, o conjuntos espirituales, que designan una cultura; y de la acepción misma, del propio concepto de la cultura...³².

A medida que la publicación iba cobrando fuerza, la influencia y las deudas de Bergamín y *Cruz y Raya* con Unamuno serían cada vez más evidentes: las frecuente citas de los artículos periodísticos de Unamuno y la postura combativa y disidente que Bergamín adoptaría frente a la situación nacional con su Iglesia Católica y sus políticos, son la prueba de esta paternidad compartida. En cuanto a

28. *Ibidem*, (carta del 27 de septiembre de 1928), p. 87.

29. Puede consultarse el citado epistolario, donde se ofrece un estudio bastante completo de la relación de amistad y de la correspondencia que mantuvieron Unamuno y Bergamín.

30. Antes de 1939, Bergamín sólo ha dedicado dos artículos a Miguel de Unamuno: «Dios, patria y ley», *La Gaceta Literaria*, 78 (15 de marzo de 1930) p. 13. Se trata de un número extraordinario de Homenaje a don Miguel de Unamuno. Asimismo le dedica «Unas palabras al oído», *Cruz y Raya*, 6 (septiembre 1933) pp. 155-157.

31. «Signo y diseño...», p. VIII-IX.

32. Véase «Presentación» de *Cruz y Raya*, 1 (abril 1933), pp. 7-10.

la intervención directa de Unamuno en la gestión de *Cruz y Raya* y su contribución al rumbo que iría siguiendo, conviene recoger otra afirmación de Bergamín:

... me ofreció su ayuda y colaboración fuera de la revista porque él no creía que debía hacerlo dentro no siendo católico. Primeramente, me dio los nombres de algunos, muy pocos, religiosos, para que colaborasen en ella. «Es muy difícil encontrarlos», me decía. Después colaboró al fin él mismo con los estupendos sonetos que publiqué en el AVISO con las fotografías expresamente hechas para el almanaque de José Suárez en Salamanca. También me había prometido una antología traducida y comentada con los presocráticos. Unamuno venía frecuentemente por la revista³³.

Unamuno nunca escribió ningún juicio sobre la revista y su director, por lo que la correspondencia que mantuvo con éste entre 1934 y 1935 es indispensable para conocer los aspectos de esta relación en torno a *Cruz y Raya*. La primera carta de esta época que ha sobrevivido fue redactada por Bergamín el 17 de marzo de 1934. En ella destaca su preocupación ante una de las principales dificultades prácticas que se encontró después de asumir la dirección de la revista, sobre todo durante los primeros doce meses: la de conseguir con un ritmo constante, una cantidad suficiente de colaboraciones de primera categoría. En varias ocasiones en 1933 lo exasperó la necesidad de tener que improvisar en el último momento el contenido de algunos números de la revista, e incluso de tener que aplazar su publicación debido a la falta de puntualidad de los colaboradores que ya se habían comprometido a enviarle algún trabajo. Es comprensible, entonces, que insistiera cortésmente a Unamuno sobre el deseo de recibir su prometida colaboración, ya que tiene para él un significado especial:

Hace algún tiempo, querido don Miguel, que le escribí, ahí en Salamanca, recordándole la petición que le vine haciendo, desde que empezó *Cruz y Raya*, para que nos diese su colaboración; con preferencia, en un ensayo (digámoslo así). Nunca se negó Vd. a ello cuando en la conversación se lo dije; sin embargo, ha pasado el tiempo, ha terminado el primer año de nuestra publicación, y su colaboración, tan esperada y deseada por mí, no ha llegado³⁴.

Una carta del 18 de octubre de 1934 acompañaría a la ansiada colaboración. En ella el autor de *Niebla* duda que la citada colaboración se encuentre dentro de las coordenadas de *Cruz y Raya*. Sin embargo, en los poemas que ha seleccionado comprendemos su intento de aproximarse todo lo posible al talante de la revista.

33. «Signo y diseño...», p. IX.

34. Véase *El epistolario...*, (carta del 17 de marzo de 1934), p. 108.

«Y ahora a lo de ahora —escribe Unamuno—, y es que deseaba hace tiempo darle algo para *Cruz y Raya*. Y allá van cuatro sonetos, aunque esto le pueda parecer poco serio. No sé si encajan o no en el mito que me quieren hacer. Los sonetos van sin notas, desnudos»³⁵.

Esos cuatro sonetos estaban dedicados a José Ortega y Gasset y llevaban por títulos *La Mañana*, *La Estrella Polar*, *La Sima*, *La Palabra Padre*, *Hijo* y *Espíritu Santo*. Probablemente no eran lo que Bergamín esperaba de Unamuno y le plantearon problemas a la hora de integrarlos en la revista. Por estas fechas quería evitar una competencia innecesaria con las revistas que editaban sus amigos y que eran puramente literarias, principalmente con *Los Cuatro Vientos*, y por esto se había puesto de acuerdo con ellos para no publicar ninguna poesía española contemporánea en *Cruz y Raya*³⁶. Aunque los sonetos aparecieron, al fin, en *El Aviso de Escarmentados*, el almanaque de *Cruz y Raya* de 1935, es notable, por lo que dice en una carta posterior, que durante varios meses consideró la posibilidad de incluirlos en un número extraordinario de la revista que quería dedicar enteramente a Unamuno. A éste comunica su proyecto en octubre de 1934:

[...], como sabrá Ud. por Quiroga, ando preparando su número de nuestro *Cruz y Raya* —tan suyo siempre, pues siempre sus palabras, repetidas o no, visibles o invisibles, su palabra le alimenta o alienta en su ser o su aprendizaje de ser, vivo—³⁷.

Bergamín contaba para la preparación de este número especial con una anunciada colaboración de Ortega, y había pedido la suya a Azorín y a Antonio Machado. Sin embargo, este proyecto no llegó a ver la luz, ni siquiera se abordó otra empresa de las mismas características en *Cruz y Raya*. Se presentaron obstáculos que no fueron salvados. En su última carta a Unamuno conservada leemos:

No abandono la hasta ahora fracasada intentona de dedicarle un número de nuestra revista: esto es, de publicar en él algunos estudios sobre Ud. y si pudiera, y Ud. quisiera, algo —y aún algos— de Ud. mismo. Pero le pido que me diga con toda sinceridad si este proyecto mío no le desagrade. Tengo, hasta ahora, en mi poder un ensayo sobre Ud. de Landsberg (el que Ud. creo que ya conoce); otro del joven inglés Wils; y me ha prometido Antonio Machado, si hago el número, darme también su colaboración³⁸.

35. *Ibidem*, p. 110.

36. Véase José Bergamín, «El ensimismado enfurecido: los puntos sobre las jotas», *Letras de México*, 21, vol. IV (1 de septiembre de 1944), p. 6. Este texto está recogido por Gonzalo Santoja en *Al otro lado del mar...*, pp. 179-183.

37. *El epistolario...*, (carta del 22 de octubre de 1934), p. 113.

38. *Ibidem*, (carta del 22 de agosto de 1935), p. 114.

Ahora bien, el ensayo de Paul Ludwig Landsberg «Reflexiones sobre Unamuno», que hubiera engrosado ese número especial, apareció en el número 31, correspondiente al mes de octubre de 1935. De esta manera, muy cerca ya del final de sus días, *Cruz y Raya* presta unas páginas al estudio y la divulgación de Miguel de Unamuno. A Bergamín quizás pudieron parecerle escasas o insuficientes, pero son, sin duda, un modesto homenaje al hombre que prendió un espíritu y un pensamiento «agónicos» en la andadura de la revista.

Manuel de Falla, Picasso y Juan Ramón Jiménez encarnaban para Bergamín lo que él llamaba «trinidad andaluza»³⁹. Estos personajes, como nos ha indicado Nigel Dennis, eran la expresión de un arte español, que sin abandonar ni traicionar sus orígenes, trasciende las fronteras nacionales y se hace universal. En su arte se funden instinto e inteligencia. En los años 20, Manuel de Falla y Juan Ramón ejercían una gran influencia en los jóvenes escritores. Bergamín tampoco podía sustraerse a este encantamiento. Su gran interés y preocupación por la música lo acercan aún más a la figura de Falla. En la dedicatoria de su libro *Mangas y Capirotes*, publicado en 1933, dirige al músico las palabras «Maestro en la música y en la fe». Ve en él una doble dimensión: artística y espiritual. Su labor creativa ha realizado la dignificación y universalización artísticas de lo andaluz.

Las cartas que se cruzaron Bergamín y Falla comprenden los años de 1924 a 1935. Entre 1927 y 1933 existe un paréntesis. Probablemente, en estos años podían verse en Madrid, pues Falla visita con cierta frecuencia la capital. Cuando se reanuda el epistolario, en 1933, se funda *Cruz y Raya*, donde ambos «colaboran». La correspondencia de estos años —como ha señalado Luis Campodónico— está marcada por la adhesión y por el posterior rechazo de Falla hacia la revista⁴⁰.

Siguiendo su estrategia de allegarse a los intelectuales y artistas destacados de la época para apadrinar *Cruz y Raya*, Bergamín no duda en informar a Falla de todos sus planes, de los que ya habría conversado con el músico. En carta del 31 de marzo de 1933, le envía lo que será la presentación de la revista y le pide su consejo:

Mi querido amigo: con esta carta le envío copia de las palabras que figurarán al frente de nuestra revista *Cruz y Raya*. Quisiera que Ud. me contestase en

39. Véase José Bergamín, «El idealismo andaluz», *La Gaceta Literaria*, 11, (junio 1927), p. 7.

40. Luis Campodónico nos explica que «Las cartas de Falla a Bergamín —nueve— jalonan una lenta pero perceptible progresión de la adhesión entusiasta al rechazo enérgico de la revista e ilustran sobre la persistencia de una obsesión: la de no compartir la responsabilidad de su publicación, primero como ‘editor’, y al final, incluso como ‘fundador’», en su trabajo «Manuel de Falla y José Bergamín: el contexto de una correspondencia», *Nuevo Mundo*, 25, (1968), pp. 15-24.

breve, dándome su conformidad, o bien, indicándome alguna objeción o modificación, si a Ud. así se lo pareciera. El suplicarle que conteste en seguida es porque la revista aparecerá el sábado 15 de abril, víspera de resurrección⁴¹.

Bergamín, con mucha astucia, ha hablado aquí de «nuestra» revista y de que estaría lista para la «víspera de resurrección». Con estas palabras intentaría penetrar sutilmente en la sensibilidad de Falla y llevarlo a su terreno. Para el gran músico no debieron pasar desapercibidas: iba a participar en una revista seria y «católica y cristiana» que nacería, casi por designio divino y de manera simbólica, la víspera de resurrección, anunciando así nuevos tiempos para la fe. Por ello, contestará con gran celeridad y muy entusiasmado, el 4 de abril, con un breve telegrama: «Cuartillas excelentes. Preparo colaboración segundo número. Saludos cordialísimos: F.»⁴².

Manuel de Falla no vacila en ayudar y aconsejar a Bergamín en los preparativos de la revista porque ve en ella la posibilidad de reafirmar los valores esenciales del catolicismo español. Como ya ha destacado Nigel Dennis, desea la purificación de la Iglesia Católica, en un momento crítico de la historia de España, y que se prestigie la vida del espíritu. Su atención a la marcha de la revista tiene pues implicaciones prácticas, como práctica es la actitud de Bergamín al pretender la colaboración y el visto bueno de Manuel de Falla. La personalidad del músico, enfermizo y muy escrupuloso, se caracterizaba sobre todo por una fe y una moral estrictas y por una gran preocupación por los aspectos más espirituales de la religión y de la vida del hombre.

Por ello, su religiosidad resulta un tanto controvertida y extrema. La sentía como una especie de autoexpurgación dolorosa y como una experiencia terriblemente íntima y secreta. Luis Campodónico, haciendo hincapié en el origen físico de las cuitas espirituales de Manuel de Falla, describe el proceso que sigue su fe en unas líneas que a pesar de su extensión estimamos conveniente presentar al lector:

1935: Falla llega a los 59 años como una sombra ahogada y cadavérica del poeta superficial y finísimo de las *Noches en los jardines de España* (1915) y *El Amor Brujo* (1916). Desde que enfermó por primera vez, veintitrés años antes, en París, un vasto combate contra sí mismo lo ha conducido a una forma

41. Véase *El epistolario (1924-1935): José Bergamín/ Manuel de Falla*, edición de Nigel Dennis, Valencia: Pre-textos, 1995, p. 64.

42. *Ibidem*, p. 68. La colaboración de Falla se publicaría bajo el título «Notas sobre Wagner en su cincuentenario» en el número 6 de *Cruz y Raya*, correspondiente a septiembre de 1933, pp. 67-81.

de ascetismo pétreo, sordo, benévolo sólo para con los demás, severísimo para consigo.

Gravemente enfermo, hospitalizado después de haber traicionado un instante, con una meretriz, un afán de pureza que lo obsesionaba desde la adolescencia, Falla sufrió la prueba con espíritu bíblico, como maldición divina, como punición. Y salió de ella titubeante, resuelto al retraimiento y a la huida.

Desde 1912, a partir de su imperfecta curación, las secuelas de la enfermedad (sífilis) lo agobiarán sin descanso, acaso deseadas, si no cultivadas por él, hasta su último día. El ascetismo se confundirá entonces, cada vez más, con una forma de apocamiento, de permanente temor a la ira de Dios y de resentimiento frente al sexo⁴³.

Aquellos escrúpulos y su abominación de cualquier expresión externa de la fe, y tal vez su temor a contraer nuevos y grandes compromisos cuando apenas tenía tiempo para sus obras musicales, pues constantemente su enfermedad lo acosaba, le hicieron pedir a Bergamín su exclusión de la lista de «editores» desde el mismo nacimiento de la revista, lo que no debe entenderse como una falta de interés, ya que en sus cartas éste seguirá manifiesto. A Bergamín le disgusta esta temprana desertión; es consciente de que tendría para *Cruz y Raya* y, para él mismo, consecuencias negativas:

También me hablo Valdecasas de que a Ud. le parecería quizás mejor no dar —o retirar— su nombre de «los editores». Esto sería para nosotros muy grave pues resultaría, aparentemente una disconformidad suya. Si lo fuera, lo aceptaríamos dolorosamente, pero si no, yo le rogaría que no lo hiciese, mucho más, teniendo en cuenta que al figurar mi nombre como Director, todas las responsabilidades directas y concretas recaen sobre mí como sobre un pararrayos⁴⁴.

En junio, Falla continúa insistiendo en su «cambio de sitio» en la revista. Puntualiza que se trata de un «paso», y no de una «retirada», del grupo de «editores» al de «colaboradores», y advierte también que esa maniobra debe realizarse en el mejor momento para no suscitar «falsas interpretaciones»⁴⁵.

Aquellas falsas interpretaciones perjudicarían tanto al intrépido director como al respetado maestro, pues si ambos animaban y alentaban *Cruz y Raya* de una u otra forma, su alejamiento o sus desacuerdos repercutían directamente en la revista y también en las opiniones y en las actividades que otros colaboradores realiza-

43. «Manuel de Falla y José Bergamín: el contexto...», p. 15.

44. *El epistolario (1924-1935)...*, (carta del 24 de abril de 1933), pp. 68-69.

45. *Ibidem*, (carta del 22 de junio de 1933), p. 85.

ban cerca del entorno de la misma. Hoy diríamos que esas indecisiones de Falla tan precipitadas eran una «mala campaña» para *Cruz y Raya* y para el propio José Bergamín, que entonces delineaba su figura en el mundo intelectual de la época.

En una carta del 4 de noviembre de 1933 Falla reivindica el papel espiritual de la revista, expresa su alegría por la marcha de la publicación y propone el nombre de algún colaborador significativo y nuevos temas de discusión. Nada mejor que sus palabras para advertir la gran seducción que supuso para Falla la revista, a pesar de sus frecuentes discrepancias con Bergamín:

Creo además que hay que velar porque en nuestra revista se refleje siempre el más puro espíritu cristiano, y por eso tampoco estoy de acuerdo sobre ciertos conceptos que hallé en el trabajo de Sánchez Mazas publicado en el mismo número.

Apenas he podido ojear aún el último número, recibido casi al mismo tiempo que su carta; pero veo que ha aplazado usted las reformas que me anunció para el segundo semestre. Deseando estoy conocer ese trabajo de Claudel. ¿Ha pedido usted la colaboración a Jacques (y no «Juan», como dijo S. Mazas) Maritain? [...].

Celebro muchísimo las referencias que le llegan de los lectores extranjeros de *Cruz y Raya* y que tan fuerte estímulo suponen para nosotros. ¿No ha pensado usted en publicar crónicas internacionales de arte, letras, ciencias, etc.? De música, por ejemplo, jamás se han ocupado las revistas españolas, contra lo que es práctica constante en las extranjeras. Otro día seguiré indicándole posibles proyectos, pues hoy he de terminar, al fin, esta larga carta tres veces interrumpida...⁴⁶.

Bergamín poco a poco va albergando la idea de alterar la primera página de la revista, a favor de los que se mantienen unidos a ella y para delimitar claramente las responsabilidades. El programa que seguía *Cruz y Raya* empieza a encontrar

46. *Ibidem*, pp. 109-110. El trabajo de Sánchez Mazas que Falla menciona fue publicado en el número 5 correspondiente a agosto de 1933 y lleva por título «Siete escolios a la pastoral», (pp. 143-160). Bergamín, a instancias de Falla, conseguirá una preciada colaboración de Jacques Maritain. El ensayo del ilustre pensador francés, «¿Quién pone puertas al canto?», aparecerá en el número 25, de abril de 1935 (pp. 9-51). El texto de Paul Claudel aludido por Falla es «Sobre la presencia de Dios», que sería publicado en el número 11, de febrero de 1934 (pp. 9-47). Bergamín había nombrado este trabajo al músico en una carta del 20 de octubre de 1933: «tengo ya en mi poder un trabajo casi inédito de Paul Claudel: Sobre la presencia de Dios. Magnífico. No ha llegado aún ni en Francia al gran público, pues solamente se publicó en *Esprit* y a parte, en tirada numerada fuera de la venta. Está haciéndonos la traducción Jorge Guillén, para conservarle todo el valor poético, tan vigoroso, de la prosa claudeliana».

muy pronto grandes enemigos y grandes aliados. Su director se percata de la «encrucijada» en que se coloca su publicación. Quiere evitar en lo posible hostilidades innecesarias y necias. Para ello hace llegar a todos los «editores» de *Cruz y Raya* una carta-circular (28 de diciembre de 1933) en la que propone los siguientes cambios: bajo la leyenda LA EDITAN seguirían apareciendo sus editores; en la DELEGACIÓN DIRECTIVA encontraríamos a José María Pardo Urdapilleta, José María Semprún y Antonio Garrigues; y en la SECRETARÍA DE REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN estarían José Bergamín, Eugenio Imaz y Luis Sánchez Cuestas. Manuel de Falla continúa manteniendo a comienzos del nuevo año algunas reservas y su deseo de no integrar la relación de editores. Le ha hablado a Bergamín de «aspectos» de la revista que no puede aceptar y que Bergamín con su «clarísimo juicio» sabrá comprender⁴⁷.

Manuel de Falla está cada vez más decidido a alejarse de *Cruz y Raya*. Al fino entendimiento de Bergamín deja sus razones sin explicación, y un anagrama, PAX, que aparece aquí por primera vez en sus cartas. Ese PAX delata a un hombre que pide enérgicamente a Bergamín que lo libere de la cadena de una revista que ya no encarna para él un centro irradiador de fe doliente y purificadora.

Finalmente, el número 10, correspondiente a enero de 1934, recogió la leyenda de «fundadores». Bergamín ha desplazado la antigua página, sustituyéndola por una ilustración que luego servirá para las Ediciones del Árbol (*hortus philosophae*). La lista de nombres de los editores iniciales se imprime ahora en un lugar menos privilegiado, bajo el lema LA FUNDARON, aunque los nombres siguen siendo los mismos. Esta nueva decisión la comunicó a Falla en una carta del 17 de marzo de 1934, al tiempo que le pedía su parecer sobre los últimos números de la revista y sobre el almanaque⁴⁸.

La respuesta de Manuel de Falla no será, desde luego, la que Bergamín esperaba. En una carta fechada el 16 de febrero de 1935 y que encabezó, quizás insidiosamente, con un aforismo que Bergamín incluyó en *La cabeza a pájaros* («Si quieres pensar libremente procura estar encadenado»), dio rienda suelta a todos los desacuerdos y, hasta resentimientos, que *Cruz y Raya* y, más concretamente su director, le habían provocado:

Con afecto que mucho me honra, usted me ha pedido repetidas veces que le hable siempre con toda claridad, y así voy a hacerlo: En conjunto, el Almanaque me parece «monstruoso» en el exacto sentido de esta palabra. Usted no se habrá dado cuenta de ello cuando así lo ha hecho, y, por mi parte, no juzgo en modo alguno la intención causante del mal, que, además, no me sorprende

47. *Ibidem*, (carta del 20 de enero de 1934), pp. 112-113.

48. *Ibidem*, p. 117.

excesivamente dada la marcha seguida por la revista en sus últimos tiempos; lo único que debo añadir a lo dicho y a cuanto usted ya sabe es que, dado el punto a que las cosas han llegado y dada también la falta de exacto juicio (y la sobra de mala intención) con que el público suele ver e interpretar lo que le dan, yo no puedo seguir compartiendo la responsabilidad de la revista aunque sólo sea en la modestísima proporción correspondiente a quienes sólo ostentamos en ella el título de fundadores. Y esto se lo digo pensando y refiriéndome al mismo «próximo número» [...] No se trata de escrúpulos: se trata nada menos que de cumplir el segundo mandamiento de la Ley de Dios en su más esencial significación, aunque no sea la más comúnmente aplicada⁴⁹.

Esta carta fue hiriente y frustrante para Bergamín, pero su sinceridad y el hecho de que Falla accediera a explicitar en algo sus desavenencias con la dirección de la revista le dan pie para defenderse, por fin, como deseaba y, para no dejar ninguna duda acerca de sus intenciones y de sus proyectos en *Cruz y Raya*. Las palabras que dirigirá al músico nos dejan ver el verdadero y apasionado perfil de este hombre polémico y comprometido a ultranza con sus principios. Bergamín se resarce con una extensa misiva de los malentendidos y de las insidias que, a su parecer, Manuel de Falla ha ido alimentado con sus obsesiones sin justificación alguna. El director de *Cruz y Raya* no desaprovecha la ocasión de añadir al lado de la fecha las palabras «miércoles de ceniza», casi un prelude del final de su entendimiento con Falla, y de encabezar la carta con una cita de Dante: «Non vi ni pensa quanto sangue costa». Bergamín hacía de esta manera un desafío cortés al maestro: en un tono seguro y con rigor le explicaba todos los entresijos de la revista apoyándose, además, en citas cultas de personajes relacionados con la Iglesia Católica. En esta carta, entre otros párrafos de interés, encontramos unas líneas que expresan lo que significaba para Bergamín una «revista católica»:

Mi posición ha sido, en términos generales, la aconsejada por el Papa Pío IX: esto es, la de no hacer una revista católica, porque eso es buscar el amparo propio de una mixtificación de la Iglesia, en vez de defenderla; sino lo contrario: hacer, los católicos, una revista, en la cual, con toda modestia y decisión, resultarían espontánea, naturalmente defendidos aquellos principios espirituales que, para nosotros, los católicos, coinciden, —en la vida, en la historia, en la cultura—, con la libertad, la independencia personal y humana de nuestra fe y de su práctica real y pública⁵⁰.

49. *Ibidem*, pp. 123-125. El Almanaque al que se refiere Falla es *El aviso de escarmentados del año que acaba y escarmiento de avisados para el que empieza*. Madrid: Ediciones del Árbol, 1935.

50. *Ibidem*, (carta del 16 de marzo de 1935), p. 130.

Sin embargo, los deseos de Falla son órdenes para Bergamín. La lista de fundadores desaparece definitivamente de la revista en el número 22, correspondiente a enero de 1935, y que se tiró con dos meses de retraso en marzo. Permanecen sólo Bergamín como director y Eugenio Imaz como secretario. Esa «marcha» a la que aludía Falla en su carta de febrero, pudo ser la creciente «politización» de la revista a partir de 1934. Todas las cuestiones políticas iban despertando poco a poco el interés de Bergamín. Esta tendencia llega a su punto culminante en el otoño de 1934 cuando se da a conocer el testimonio de Alfredo Mendizábal, conocido jurista y cofundador de *Cruz y Raya*, sobre sus experiencias en Oviedo durante el movimiento revolucionario de Asturias. Dicho testimonio ya había sido publicado en *La Vie Intellectuelle*: Mendizábal y otros periodistas estuvieron presos entre dos fuegos, pero fueron tratados con respeto y amabilidad e, incluso, sus captores compartieron sus alimentos con ellos, sin tener en cuenta ni ideologías ni clases sociales⁵¹.

Bergamín, como Mendizábal, ve los ideales cristianos de justicia, paz, igualdad y caridad más allá de cualquier dirección política concreta. Estos ideales deben encontrar su expresión en la realidad socio-política de España. Para Falla, que no creía en los deberes terrenales del cristiano, el compromiso social y político que Bergamín pretendía tuvo que parecerle descabellado; sus preocupaciones eran principalmente trascendentales.

Otros textos publicados entre mayo de 1934 y febrero de 1935 han podido herir también la sensibilidad de Falla. Casi todos los artículos de Bergamín de esa época insisten en las «responsabilidades temporales» del cristiano; se caracterizan, además, por un tono combativo y provocador⁵².

Pero no todo lo que molesta a Falla es política. Ya vimos que el AVISO le había desagradado profundamente; no dudaba en calificarlo de «monstruoso». Otras empresas editoriales de *Cruz y Raya* debieron resultarle poco apropiadas para el talante religioso que insistía tuviera la revista. Entre ellas, Falla alude a la proyectada edición de *El arte de amar* de Ovidio. En el número doble de la revista, correspondiente a febrero-marzo de 1935 (número 23 y 24), se habían incluido

51. Cfr. José Bergamín, «El estado fantasma y ¿en qué país vivimos?», *Cruz y Raya*, 20 (noviembre de 1934), pp. 127-133. El testimonio de Mendizábal encarnaba para Bergamín el ejemplo perfecto de solidaridad humana y cristiana más allá de los enfrentamientos ideológicos: «El mero hecho de tratarles nosotros con afabilidad y simpatía despertó en ellos sentimientos tan cordialmente humanos y tan fraternalmente cristianos (cristianos sin saberlo y aún creyéndose en frente), que hicieron del grupo de burgueses y del de comunistas una sola comunidad, mejor una hermandad».

52. Véanse, por ejemplo, «Sí o no, como Cristo nos enseña», *Cruz y Raya*, 14 (mayo 1934), pp. 93-101; o «El 'tris' de todo y ¿qué es España?», *Cruz y Raya*, 19 (octubre 1934), pp. 109-119.

varias páginas de publicidad dedicadas a las Ediciones del Árbol: «Obras publicadas», «En prensa» y «En publicación». Entre las últimas se menciona por primera vez *El arte de amar*; ninguna de las obras de ese apartado llegó a publicarse:

Claro está que yo no soy, ni quiero ni puedo ser un «censor»; yo no soy más que un pobre individuo de buena voluntad que acogió con entusiasmo la fundación de «Cruz y Raya» y que puso en ella una grande ilusión que luego los hechos han ido debilitando ¿quién más que yo, dadas mis convicciones, había de celebrar —y de compartir—, el claro y alto espíritu que estimuló tan noblemente la fundación de la revista así como el propósito de no hacer una revista católica, sino más bien una revista libremente escrita por católicos conscientes de su responsabilidad?. Este ha sido y sigue siendo mi ideal, que, como dice usted muy bien, coincide con ciertos consejos del Papa Pío IX. Pero vamos a ver (*y tomemos como muestra un botón*): ¿Ud. puede realmente pensar que al Papa Pío IX le había de complacer el hecho de que un periódico que obedeciese a esa limpia inspiración publicase el «Arte de amar» de Ovidio?⁵³.

Por si fuera poco, a partir de 1935 los problemas de salud de Falla se agravan, lo que lo obliga a buscar la soledad y el sosiego; mientras que el activismo público de Bergamín aumenta. Por lo tanto, sus contactos van a encontrar aún más impedimentos. El talento y las propuestas de Bergamín exigen ya una disposición mental y física a la que el músico no puede hacer frente.

A finales de 1935 se interrumpe la correspondencia entre José Bergamín y Manuel de Falla. Sigue uniéndolos, después de diciembre de ese año, como señala Nigel Debbis, la misma obsesión de purificar el catolicismo español, pero los separan forzosamente sus conceptos respectivos de cómo realizarlo. Mientras que Bergamín depositará en la lucha revolucionaria del pueblo la afirmación de los valores cristianos esenciales que ha intentado promover, a su manera, en la revista, Falla pondrá sus esperanzas en la defensa de la Iglesia Católica que pretende emprender la cruzada del general Franco. La continuación de su diálogo después de julio de 1936 se volverá, pues, imposible.

Con el paso de los años, José Bergamín evocará embelesado el canto divino de su maestro Manuel de Falla⁵⁴.

53. *El Epistolario (1924-1935)*..., p. 139. Esta carta del 27 de agosto de 1935 es la última que dirige Falla a Bergamín. La correspondencia se cerraría con la carta de Bergamín fechada el 4 de septiembre de 1935.

54. Véanse los artículos de Bergamín «El canto y el santo: Manuel de Falla, maestro en la música y en la fe», *Revista Nacional de Cultura* (Caracas), 60 (1947), pp. 7-11; y «Manuel de Falla», *Litoral* (Málaga), 35-36 (enero-febrero 1973), pp. 26-28. El primero de estos textos lo recoge Nigel Dennis en *Prólogos epilogales*, Valencia: Pretextos, 1985, pp. 107-110.

José Bergamín acertó a conjugar en *Cruz y Raya* dos lecciones aparentemente tan contradictorias como eran las de Miguel de Unamuno y Manuel de Falla. Inmersos ambos en una incesante «agonía» que resolvían a través de distintas expresiones creadoras, son muchas las diferencias que separan a estos dos maestros; pero muchas más las semejanzas: la lucha individual y solitaria, llevada hasta sus últimas consecuencias; la ceguera, o el deslumbramiento, de sus propias convicciones; su patriotismo romántico; el pulso de su palabra y de su música. Bergamín aprende de estos hombres a combatir contra el escepticismo sin dejar de ser un escéptico. Aprende a dudar para tener fe. Afirma y niega al mismo tiempo para no tener que afirmar ni negar nunca. En las páginas de *Cruz y Raya* quedó impresa buena parte de esta lección. También algunas de sus aparentes contradicciones.